

IX

PRUEBAS DE LIMPIEZA

De Cádiz, y por conducto de mi querido amigo el Sr. D. Federico Montaldo, me han enviado un libro muy curioso.

El rótulo que lleva escrito en diagonal sobre la cubierta, dice: *Biografía de un gato erudito*, y en el triángulo de la derecha se añade: *Escrita por él mismo*.

En el anterior, ó sea en el de la izquierda, se da como nombre del autor ALHAMAR y se hacen las indicaciones de que el libro no se vende y de que sólo se han impreso de él cien ejemplares, de los cuales el que á mí me ha correspondido en los benévolos designios del autor es el señalado con el número treinta y siete.

¿Que quién es ALHAMAR?... Ni en el secreto de la amistad ha podido decírmelo el Sr. Montaldo, porque tenía de ello prohibición expresa.

De modo que tampoco puedo yo decir á ustedes otra cosa sino que ALHAMAR... es gato.

Eso sí, lo puedo decir con seguridad, no precisamente por haberlo visto en la cubierta, sino por haberlo notado leyendo en el libro. Créanlo ustedes; el autor es *gato* y muy *gato*, y muy erudito, y de mucho ingenio.

En el tomo II de la *Fe de erratas del Diccionario de la Academia*, queriendo demostrar lo muy recargado que éste se halla de palabras inútiles, que nadie usa ni nadie entiende, escribí yo años hace este párrafo, con estricta sujeción al código oficial del idioma:

«Cascuno de los cativos escriptores de cartapeles de la cal de la igreja del Paracleto que no están en carrera de salvación, debía ser damnado á carrejar con grant festinacion catalufas, dormiendo en carriola de carballo forascas, sin ir en cartolas ni divertirse haciendo carrerilla, ni comer otra cosa que casave, ni jugar más que á la cascarela.»

Una cosa parecida á este párrafo viene á ser el libro de que estoy dando á ustedes noticia; pero, entiéndase bien, es parecido solamente como puede parecerse al sencillo esbozo del cuadro acabado y perfecto. Este es el libro.

Se trata en él de un gato que, á fuerza de dar vueltas por el mundo, como las dan los gatos y aun algunos que no lo son, llega un día á entrar en la Academia...

En clase de gato; no vayan ustedes á creer que entrara, como otros, con la pretensión de limpiar, fijar, etcétera... No; hay que hacerle

justicia: nunca fué su intento meterse en camisa de once varas.

Pero como era un gato de talento, aprendió bien pronto y casi sin querer el idioma de la casa; y dueño ya de semejante medio de expresión, tuvo la idea de utilizarle, dejándonos en él escrita su vida.

Con exquisito esmero ha cuidado de no emplear en la obra ninguna palabra de las que en el código académico van marcadas con nota de técnicas, de provinciales, de germánicas ó de anticuadas. Todas, absolutamente todas las empleadas figuran en la última edición del Diccionario de la Academia (entonces la duodécima) como de uso vulgar y corriente. De manera que con razón puede decir de ellas el autor al lector lo que le dice: «Si eres español, estás en la obligación de entenderlas todas, sin el menor tropiezo».

Sin embargo, así como yo tuve que traducir inmediatamente al castellano el párrafo aquél, si quise que mis lectores le entendieran, así también el gato de autos ha tenido que traducir su erudita biografía en notas que ocupan tanto como el texto.

La primera palabra del libro es esta:

GALEATO...

Y como el lector no sabe lo que es *galeato*, tiene que acudir desde esta primera palabra á la nota donde se le dice que *galeato* es «pró-

logo ó proemio de una obra en que se la defiende de los reparos que se la puedan hacer», porque así lo dice el Diccionario, sin poner ninguna marca desfavorable á la revesada palabreja.

Y el *galeato* empieza diciendo:

«A topa tolondro escribo este tirocinio. Sé que me meto en trenca y que voy á zaragutear al referiros sobre peine y sin inferencia mis sergas; vais á calificar mi gallofa de badomía, gazafatón y secatura; quizá pase á vuestros ojos por tonfador, aunque os ofrezco no pecar de mendoso; no meteré gazapas, ni siquiera como parergón.»

¿Van entendiendo ustedes algo del *galeato*?

Pues todo él es lo mismo, hasta el último párrafo, que es de esta forma:

«Queda terminada la prelusión y entremos en el conmonitorio, y ojalá resulte conforte la congerie que voy á referir y que tropecéis con la afabulación, para que no digáis que mi historia, después de tan larga isagoge, resulta mucronata como la corcesca.»

Así refiere luego el erudito gato, entrando en materia, sus primeros pasos en el mundo:

«Conservo claro el recuerdo de mi madre, que era bruna. A mi padre, que, á fuer de ermunio (también entre nosotros hay estalaciones), vivía dedicado á la caza y al amor, no le ví jamás, no se le puede calificar de gurrumino, porque nunca pareció por el hiernal des-

ván en que mi madre, acostada sobre humilde anjeo teñido de alborre, me amamantaba y avahaba; mientras usé gambeto fui tamarritito y anduve á tatas.»

Cuenta luego el gato cómo entró en una casa donde había «gabinete de entrapada acipada y flocaduras ó rapacejos, focceifizas de espinaje y zofras por todas partes... y oculta con anti-para y zafada de ablenda sujeta con sobinas yaciya fonje con travesañ, polimita lichera y sedeña telliza».

Fíjense ustedes ahora en las cosas que el gato vió un día sacar á su ama de unos tambarrillos: «La vi sacar piezas y más piezas de camanonca, ranzal, platuja, fernandina, quintin sinabaja, allariz, zangada, toné, lampote, guinga caniqui, químon y tisela; vaporosas de jusi y sinamay, finas como algara... catalufa, droguete, donfron, fileli...» y así sucesivamente.

Óiganle ustedes cómo describe un nuevo domicilio: «Nuevamente fui provicero de desdichas al verme en un conventillo ó más bien espelunca hedentina á modo de fumarola, sin sobladero, nido de esteliones, rubetas, vesperillos, falangias y otras alimañas latebrosas... aquello era un desbazedero de pucelana...»

Todas estas palabras, según ha tenido la paciencia de comprobar y tiene el cuidado de advertir nuestro *gato*, figuran en el Diccionario como de uso corriente; todas estas y otras dos

mil y pico más, tan desconocidas como éstas. Y así se explica que para setenta y cuatro medias páginas de texto haya tenido el autor que poner DOS MIL CIENTO SETENTA Y TRES notas explicando otras tantas voces que en el Diccionario académico figuran como llanas y usuales, pero que lejos de serlo son para la generalidad de los lectores completamente desconocidas.

El autor, ó digamos, si ustedes quieren, el *gato*, procede con una buena fe tan completa y con una lealtad tan inverosímil en los de la raza, que habiéndose enterado, después de hecho el libro, de que una docena de palabras de las dos mil y pico que había anotado como desconocidas tienen uso en determinadas regiones, lo ha hecho constar así en unas *Observaciones finales*, diciendo, verbigracia, de REFITOLERA: «Esta voz es de uso corriente en las Antillas.»

Yo lo creo que lo es. Y no solamente en las Antillas, sino en León, y en Castilla y en Extremadura, de donde la llevaron á América los conquistadores.

Asimismo son conocidas y usuales en las regiones precisamente que tienen voto de calidad en la materia otras varias voces que el gato erudito anota como desconocidas, verbigracia: Abarrancadero, acerico, aceñero, agarbarse, antruejo, añusgarse, apatusco, apercollar, argadillo, argüellarse, atuendo, aturar,

banzo, barquin, bato (positivo de baturro), bausan, bernardinas (echar), cárcava, cazcalear, cellisca, cillero, ciclan, corito, correverás, cuelmo, cuenda, cutral, engace, engurrio, enjergar, entresijos, epulón, escarapela (riña), esconce, escotero, escurribanda, esguizaro, estantio, explique, fardada, fardel, friático, frixuelo, fusique, galopo, gandaya (á la), garambainas, garfiada, gocho, gorgotero (y gorgota y gorgoto, que faltan en el Diccionario) grandevo, hincha, hipocrás, hormigos, jato, lebaniego, macona, manida, mazorrall, meleno, morcillo (del brazo), morocada, morra, nava, niquiscocio, otear, odrina, pajear, pampirolada, pamosado, panetela, parece, pardal, peliforra; pelgar, pestorejo, pocho, poinos, poyata, prendedero, primilla, purrela, rabiacan, rabisalsera, rátigo, ratina, recesit, recuero, redrojo, repolludo, revesado, rezungar, riolada, rolla, roncear, ronceria, roncerero, roznar, saín, sebe, sempiterna, sequillos, tararira, tarazón, tasto, tazar, terliz, tillado, tocho, tolanos, turrar, vástigas, vencejo (atadero), verrugo, zamarro, zambombo, zarazas y algunas otras.

Pero el haber tildado equivocadamente de desconocidas un centenar de voces usuales, quedando como quedan, todavía bien tildadas más de dos mil, no quita el mérito al autor ni la gracia al libro, que siempre será demostración amena é ingeniosa de la inutilidad de la Academia y de su Diccionario, con arreglo al

cual se puede escribir un libro *castellano*, perfectamente ininteligible en Castilla si no se aclaran con notas las voces en él empleadas.

Así se explica que el Diccionario académico sea tan grande y le falten, á pesar de serlo, millares de voces castizas y corrientes.

Así es como limpia y fija el idioma la Academia.

X

ZOLEOS

No sé quién es un escritor que se firma el *Abate San Román*.

Pero, sea quienquiera, voy á darle un consejo, y es que, de seguir usando esa firma, vea de modificarla un poco, siquiera cuando escriba en verso, acentuando la primera *a* para que en lugar del *abate* diga el *ábate*... ¡ábate, San Román! es decir: ábate, lector, que viene San Román con unos versos malos, como suyos! Y así con este acto de sinceridad, con este aviso amistoso, ya los lectores podrían huir de sus rimas y no sufrir quebranto.

Le advierto que, aunque no tome mi consejo de modificar la acentuación de su seudónimo, es casi seguro que el público le leerá de aquí en adelante como acentuado: *ábate*.

Por lo menos, los incautos que hayan leído su reciente soneto á Zola, bien se puede asegurar que no vuelven á caer en otro en la vida.

Porque ¡cuidado con el tal soneto!...

Y no es á Zola, así sencillamente, es *al inmortal Emilio Zola*...

Que no es inmortal ni con mucho; pero que ahora vivirá una temporadilla en el magín de los malos poetas, y aun de los malos prosistas, para que nos atormenten los oídos con sus malos versos, y sus cursilerías y sus blasfemias.

Esta de ahora, el soneto del *Abate San Román*, que es blasfemia pura, comienza así:

«Dejó de ser el pensamiento humano,
Que inspirado en el BIEN escaló el cielo»...

Aparte de la blasfemia y del disparate, estos dos versos tienen de bueno que no se sabe á punto fijo lo que quieren decir.

No se sabe si el vate ó el *abate*, es decir, el *ábate* que quiere decir que Zola, ó *el inmortal Emilio* idem, dejó de ser el pensamiento humano para ser otra cosa distinta, ó quiere decir que el pensamiento humano dejó de ser, dejó de existir.

Apuradamente lo mismo da que haya querido decir una cosa que otra, pues lo que ha dicho de todos modos es un desatino, ó más bien una sarta de ellos.

¡Vaya con lo de decir que Zola se inspiró en el bien, y no en un bien así como quiera, sino en el BIEN con versalitas!

Verdad es que ni el *Abate* sabe lo que es el

bien, ni lo que es inspirarse en el bien ni nada.

Por de pronto llama *bien* al *mal*, para decir al revés las cosas.

Pues ¡y lo de que Zola *escaló el cielo*!

Si es que el vate lo dice de Zola, como parece.

¡Decir que escaló el cielo un escritor materialista, ramplón y pedestre, que anduvo toda la vida arrastrándose por los cenagales más inmundos!... ¡Un escritor que se gozó en describir la obscenidad y el vicio y todas las miserias, sin levantarse jamás un palmo de la tierra!

¡Buena manera de escalar el cielo en vida!

Ni en muerte tampoco. Piadosamente pensando, después de vivir y morir como un animal, lo que parece más probable es que, en lugar de escalar el cielo, cayera en los profundos infiernos.

En fin, eso allá él lo habrá visto.

Pero sigue el *vate* ó el *ábate*.

«Dejó de ser el pensamiento humano,
Que, inspirado en el BIEN escaló el cielo.
Alma gigante, al remontar el vuelo»...

¡Pero qué había de remontar el vuelo!

¿No le estoy diciendo al *ábate* que no se alzó jamás un palmo de la tierra? La *Tierra*, describió, y no lo bello de la tierra, sino lo feo y lo bajo.

Ni fué alma gigante, sino rastrera.

*Alma gigante; al remontar el vuelo,
Llegó á la luz é iluminó el arcano.*

Es gana de amontonar barbaridades unas sobre otras.

¿A qué luz llegó el oscuro y prosaico cantor de la taberna?... A la luz de la estufa medio apagada que le quitó la vida.

¿Qué arcano fué el que iluminó el descreído positivista, que no veía más allá de sus narices?

Y continúa el *ábate*:

Envidias, odios, iras...

Parece un inventario... ¿Era ese el caudal del difunto?

*Envidias, odios, iras, todo en vano
Se concitó contra su hermoso anhelo.*

¡Miren ustedes que llamar *hermoso anhelo* al afán estúpido de ganar dinero de cualquier modo, halagando los gustos de la gente depravada y pervirtiendo á la gente ignorante!...

Y aquí al vate *ábate* se le acabó el hilo..., ¡era natural!, á fuerza de ensartar despropósitos; se le acabó el hilo y salió por donde pudo, que fué por muy cerca de los cerros de Úbeda. Verán ustedes qué conexión tiene la segunda mitad del cuarteto con la primera.

Había comenzado este segundo cuarteto diciendo:

*Envidias, odios, iras, todo en vano
Se concitó contra su hermoso anhelo;*

Y á continuación dice:

*Una es la humanidad, uno el consuelo,
El mendigo del rey no es más que hermano.*

No es menos, habrá querido usted decir, *ábate* vate, y ha debido decirlo.

Porque decir *no es más que hermano* es una tontería. ¿Qué más había de ser?...

Mas aparte de esa impropiedad de expresión, ¿qué tiene que ver que la humanidad sea una con lo que venía usted diciendo de las envidias, odios, iras... que se concitaron en vano, según usted malamente dice, contra el *anhelo* de Zola, mal llamado hermoso?

Nada absolutamente.

Lo mismo que continuó usted el cuarteto diciendo *Una es la humanidad*, pudo usted haberle continuado diciendo: «Bebamos otra copa».

Y si nada tiene que ver con los antecedentes eso de *una es la humanidad*, figúrese usted lo que tendrá que ver lo otro que sigue, lo de *uno el consuelo*.

Nada: esto lo pone usted solamente para consonante de *anhelo* y de *vuelo* y de *cielo*...

Y lo bueno que tiene eso del *consuelo*, es que, á más de no ser pertinente, no es verdad tampoco, porque el consuelo no es uno solo: hay varios... Mejor dicho, son innumerables los consuelos que hay; desde el mal de muchos ó el ripio de muchos, que ya se sabe que es con-

suelo de Grilos y de *ábates*, hasta el consuelo de aquél á quien le rompieron la cabeza de un cazolazo y se consolaba con que también al que le pegó se le había roto la cazuela, existen consuelos innumerables.

¿Cómo dice el *ábate* que uno es el consuelo?...

Como consonante, claro que como consonante; pero para eso, para sólo aconsonantar, lo mismo podía haber dicho cualquier otra cosa, v. gr.: «Toma un buñuelo».

Así:

Envidias, odios, iras, todo en vano
Se concitó contra su *hermoso anhelo*;
Una es la humanidad, *toma un buñuelo*,
El mendigo del rey no es más que hermano.

Y sigue blasfemando el vate *ábate* en los tercetos de esta manera:

A la eterna VERDAD un culto crea
Su genio *colosal*: *piadoso* avanza
De nuestras luchas á extinguir la tea...

No se puede ir contra la verdad más de frente. Porque ni Zola creó ningún culto á la eterna VERDAD, sino que trató muy taimadamente de arrancarla todo culto, ni tuvo genio *colosal*, á no ser por lo torpe y basto; ni fué *piadoso*, sino impío; ni trató de extinguir la tea de la discordia, sino de encenderla, cediendo á los argumentos del sindicato judío para salir á la defensa del traidorzuelo Dreyfus.

Y dice todavía el *ábate* en el último terceto:

Y al perder, con la vida, la esperanza
De ver el triunfo...

Sí, eso sí. Bien perdida la pueden tener él y su hueste de papanatas.

Y al perder, con la vida, la esperanza
De ver el triunfo de su *santa* idea,
Himno inmortal del universo alcanza.

¡Qué universo, ni qué ocho cuartos, hombre!

¡Bastante le importa al universo que se haya muerto un majadero más, naturalmente, sin ver el triunfo de su mala ideal... ¡Bastante se cuida el universo de entonar himnos á los necios que, luchando contra Dios, á lo mejor se les acaba la vida sin haber hecho nada!

Los ruidos discordantes y los cantos ripiosos que suenan unos momentos alrededor de su sepultura, no son el himno inmortal del universo; son los graznidos de cuatro desgraciados, que no saben lo que graznan, ni lo que sonetean, ni lo que dicen.